

Recensiones

LEOPOLDO DE LUIS Y SU «VIDA Y OBRA DE VICENTE ALEIXANDRE»

La cuestión está clara. Vicente Aleixandre es un buen poeta, un gran poeta. Su vida, si no ejemplar, es ejemplificadora. Leopoldo de Luis trata estos temas en una inquietante biografía que, renovada, ve ahora su segunda edición, años después de la primera.

En *Vida y obra de Vicente Aleixandre* (Selecciones Austral, Espasa Calpe, Madrid, 1978, 239 páginas), Ramón de Garciasol nos hace una mesurada presentación del biógrafo del poeta devenido universal. Yo simplemente, como referencia para conocer a este otro poeta que se lleva tiempo ocupando de hombres tan importantes para nuestra historia como Antonio Machado, Miguel Hernández o Vicente Aleixandre, me voy a permitir entresacar parte de una entrevista que le hice hace algún tiempo. A mi pregunta sobre cuál podría ser, a su juicio, la implicación de la poesía y de los poetas en una situación de cambio como la española, me respondió:

—En los años más cerrados de la censura, fue la obra de los poetas quizá una voz disconforme y protestaria. Tal vez su peculiar forma expresiva hacía más fácil que se dijera lo que en prosa hubiera sido inaceptable para la Administración. La apertura comenzó por la poesía. La poesía tiende a la libertad; es la libertad.

Más adelante, al inquirir sobre su vida extrapoética: ocupaciones, subsistencia, familiar, etc., Leopoldo de Luis me contestaba así:

—No hay vida extrapoética, bien visto, en el poeta, porque todo le influye y le condiciona. Con cuantas experiencias vive, elabora, de alguna manera, su poesía. Estoy convencido de que si yo no hubiera tenido la familia que tuve, si hubiera vivido en otro medio, con otras circunstancias y otras ocupaciones, hubiera escrito de otra suerte. Mejor o peor, pero de otra suerte. El poeta nace entre todos los hombres, pero la vida le hace poeta junto a todos los hombres. Esto

lo dijo ya Miguel Hernández en su dedicatoria de *Viento del pueblo*, y es verdad.

* * *

Esta premisa, que serviría para presentar a Leopoldo de Luis, si es que no fuera suficientemente conocido, va a situar, en parte, su concepción de la poesía y de la función del poeta en el mundo dislocado que nos ha tocado vivir. Y es así cómo podremos entrar de lleno en su importante libro que trata de la vida y obra de un importante poeta. De Vicente Aleixandre.

Sin que esto parezca petulancia, desde que yo comencé a «ser» poeta, y ser poeta no es cuestión de gustos ni de influencia, vi a Aleixandre como un poeta estático, no minusvalorado, sino estático. Eran los años de dictadura más o menos abominable, de policías grises cargando contra estudiantes en la glorieta de los Cuatro Caminos, o reprimiendo manifestaciones en Villaverde. Vicente Aleixandre publicaba *En un vasto dominio*. A mí, a muchos, nos parecía algo grandioso que un poeta de aquel tiempo, de nuestro tiempo, pudiera inventarse un vasto dominio en aquellas tardes cerradas y oscuras que se cernían sobre una geografía llorosa y ambigua. Noches atrás, hablando del tema, alguien decía que la diferencia entre Antonio Machado—Manuel ya es de otra historia—y Vicente Aleixandre consistía en que Antonio caminaba, hablaba con la gente, visitaba los paisajes. Aleixandre ha sido un exiliado interior. Las razones de su exilio pueden ser muchas o muy pocas, pero lo cierto es que ese exilio le ha configurado como un poeta hermético. El poeta zamorano Uña Juárez corregiría diciendo que Aleixandre ha sido un iniciado: iniciado tal vez en el ágil descubrimiento de un mundo grandioso más allá del quicio de su Velintonia, mundo siempre presentido y lleno de resonancias universales, de esperanza, de gratitud por ver un día la mañana azul, la historia de una infancia repetida y feliz.

Pero vamos a dejar, que ésa es su tarea, a Leopoldo de Luis. El nos contará suficientemente bien la *Vida y obra de Vicente Aleixandre*.

VIDA DE UN POETA SUBLIME

Ese 98 fatal. Historia del acabamiento de un imperio abandonado y caduco, momento del inicio de la muerte de toda una cultura y una forma de ser: la hispánica. Pronto lo anglosajón ocuparía el lugar de nuestras letras, de nuestro espíritu. Y, dentro mismo de España, pronto comenzaría el deterioro eterno de la España gloriosa y sofocante, por qué no decirlo, de siglos atrás. Nace en Sevilla Vicente Aleixandre. Siempre el Ave Fénix renace de sus cenizas. Siempre de una cuestión dramática puede nacer un suceso feliz. Aleixandre

venía a ser poeta en un mundo de dramas prosaico, de historias colectivas, de caducas reflexiones, de rotos paisajes.

Por azares familiares, Aleixandre nació en Sevilla el 26 de abril, aunque prontamente surgiría el traslado a Málaga, donde viviría desde 1900 hasta 1909, asistiendo al primer colegio y conociendo, entonces ya, a quien sería otro importante personaje de nuestras letras: Emilio Prados. De esta época nos relata Leopoldo diversos sucesos de interés y nos recuerda varios poemas que Aleixandre escribiera después, rememorando el tiempo de la sosegada infancia; por ejemplo, esos versos cotidianistas y enternecedores de «La clase»:

*Como un niño que en la tarde brumosa va diciendo
su lección y se duerme.
Y allí sobre el magno pupitre está el mudo profesor
que no escucha.
Y ha entrado en la última hora un vapor leve, portiado,
pronto espesísimo, y ha ido envolviéndolos a todos.
Todos blandos, tranquilos, serenados, suspiradores,
ah, cuán verdaderamente reconocibles.
Por la mañana han jugado,
han quebrado, proyectado sus límites, sus ángulos,
sus risas, sus imprecaciones, quizá sus lloros.
Y ahora una brisa inoíble, una bruma, un silencio, casi
un beso, los une,
los borra, los acaricia, suavísimamente los recompone.
Ahora son como son. Ahora puede reconocérseles.
Y todos en la clase se han ido adurmiendo.
Y se alza la voz todavía, porque la clase dormida se
sobrevive.
Una borrosa voz sin destino, que se oye y que no se
supiera ya de quién fuese.
Y existe la bruma dulce, casi olorosa, embriagante,
y todos tienen su cabeza sobre la blanda nube que
los envuelve.
Y quizá un niño medio se despierta y entreabre los
ojos,
y mira y ve también el alto pupitre desdibujado
y sobre él el bulto grueso, casi de trapo, dormido, caído,
del abolido profesor que allí sueña.*

Poema del cual nos queda cierta sensación como de desamparo por ese profesor dormido, pero también de confianza, de estímulo, al advertir cómo la infancia existe, crece, camina en medio de la bruma, hacia días de caricias y de frases gentiles que llevará a sus protagonistas a la adolescencia, a la mayoría de edad. Es como, sencillamente, ir viendo cómo se van cumpliendo etapas, recorriendo senderos en los oscuros límites del tiempo.

En el caso de Aleixandre comienza una nueva etapa al llegar la

familia a Madrid, 1909. Años de estudio, de exámenes, hasta el término del bachiller en 1913 y el ingreso en la Universidad el siguiente curso. Si atrás ha quedado esa «Ciudad del paraíso» y todo el cúmulo de recuerdos y experiencia que lleva en sus alforjas un joven, en Madrid aparece la vida de responsabilidad, de trabajo, de iniciación por el difícil mundo de la poesía y de la existencia. Los recuerdos de los abuelos, de las calles de Málaga o de su mar, las experiencias de las primeras lecturas, las reflexivas tardes en la casita del Pedregalejo, dejan paso a un universo más amplio y contundente. Así lo relata De Luis en esta biografía:

«Cuando a la vuelta del verano comenzó el curso, la incursión francesa había dejado tela cortada para rato. Entre sus compañeros y en las veladas familiares no se hablaba de otra cosa. Un acontecimiento trágico impuso, no obstante, su agitado comentario en todo Madrid: el 12 de noviembre, en plena Puerta del Sol, el anarquista Manuel Pardiñas disparó contra el presidente del Consejo de Ministros, don José Canalejas, matándole y suicidándose luego.

Dos años después, en el verano de 1914, el segundo viaje a San Juan de Luz. El 28 de junio se había producido el asesinato de Sarajevo. El aire de la bella ciudad francesa se adensaba, se le sentía cargado, y no de calor estival, sino de presagios ingratos. La familia Aleixandre regresa precipitadamente a España. El 3 de agosto estalla la guerra. Don Eduardo Dato decreta la neutralidad de los españoles.»

Hemos mencionado, pues, el ambiente en el cual Aleixandre tomó contacto con la Universidad y con los ambientes literarios de la capital de España: época en que «Vicente no leía aún poesía. Lee historia, tema que le apasiona. "Hubiera querido ser historiador", dirá más tarde. Por aquellos años se adentra en los tomos de Lafuente. Y la novela realista del siglo XIX, que es también, en cierto modo, historia. Compra por cinco céntimos los cuadernos de *La novela corta*. Lee páginas de Alarcón, Pereda, Valera, la Pardo Bazán y Dostoievski. A la vez comienza a presenciar representaciones teatrales. En el año de preparatorio se cursa Literatura Española, para cuyos alumnos envía entradas la compañía de doña María Guerrero y don Fernando Díaz de Mendoza. Teatro de la Princesa, jueves por la tarde. Obras de Benavente. Una noche de diciembre de 1915, en el teatro Infanta Isabel, asiste a la primera representación, por María Gámez, de *Sor Simona*. En la sala cree reconocer a los hermanos Quintero, a Pérez de Ayala. Asomado a la indecisa personalidad de los diecisiete años, a la vez tímida y petulante, se mueve entre el público del estreno y llega al escenario. Caído el telón, don Benito recibe las felicitaciones. Contempla al maestro, anciano y sin vista, de aquella novela